

FRANCISCO AYALA: «El escritor y la sociedad»

El escritor y la sociedad ha sido el tema central del curso impartido por el novelista y catedrático de la Universidad de Nueva York, Francisco Ayala, el pasado febrero en la Fundación. A lo largo de cuatro lecciones, Francisco Ayala ha tratado sobre «La función del escritor como problema socio-cultural», «La novela, exponente de la modernidad», «El papel del novelista en el contexto de la sociedad burguesa» y «La disolución del género novelesco en la sociedad de masas: perspectivas de futuro», de las cuales ofrecemos un resumen.

Si partimos de que el «escritor» es esencialmente el artista de la palabra *escrita*, nos encontramos con el hecho de que ésta sólo adquiere importancia de primer término en la Edad Moderna. En las edades Antigua y Media la literatura era hablada, recitada y, cuando era escrita, se leía en voz alta. Literatura oral para un auditorio que, en su mayoría, no sabía leer. ¿Quiénes hacían esa literatura en la Edad Media y qué posición social ocupaban?

Juglares y clérigos determinan dos magisterios diferentes de poesía en la Edad Media. Los primeros, con la función de entretener y divertir a las cortes y al pueblo; los segundos, trabajando en un cierto enclaustramiento, dedicados al adoctrinamiento y edificación moral y religiosa. La Iglesia fue el gran vehículo de la movilidad social hasta muy entrada la Edad Moderna. A través de ella podían ascender rápidamente talentos de baja procedencia social. Gonzalo de Berceo y Juan Ruiz eran clérigos.

Otra fuente de escritores en la Edad Media era la nobleza: Don Juan Manuel, sobrino del Rey Alfonso el Sabio, representa un caso muy interesante en relación con el problema que nos ocupa, y algo más: una conciencia literaria totalmente moderna. En una época en que estaba mal visto por la alta nobleza escribir libros,



Nacido en Granada en 1906, Francisco Ayala está considerado como uno de los novelistas españoles contemporáneos más destacados. Desde hace muchos años vive en América donde actualmente es catedrático de Literatura Española de la Universidad de Nueva York. Fundador de las revistas «Realidad», de Buenos Aires, y «La Torre», de Puerto Rico, Ayala colaboró en la «Revista de Occidente» y en «La Gaceta Literaria». Su copiosa producción literaria abarca el cuento y la novela (*Los usurpadores*, *Muertes de perro*, *El fondo del vaso*), la crítica literaria (*Teoría y crítica literaria*) y el ensayo sociológico (*El escritor en la sociedad de masas*).

Don Juan Manuel se dedica a la literatura con vocación irreprimible y una preocupación por el rigor y corrección de su obra. Otras grandes figuras dentro de este sector de nobles y militares cultivadores de la literatura son el Canciller López de Ayala, el Marqués de Santillana y Jorge Manrique. Finalmente, existe en la España medieval otro tipo de escritores, de inserción social distinta a las que hemos visto. Son los judíos, conversos: Carrión, Rodrigo Cota, Fernando de Rojas, que se dedican también a las letras, aparte de sus profesiones específicas.

Al llegar la Edad Moderna y difundirse el libro impreso, la lectura se hará en solitario; la relación del escritor con su público deja de ser ya un acto comunitario y se hace unipersonal. Es la «era del libro». Aparecen pronto las grandes ediciones, lo que hoy llamamos *best sellers*: el *Lazarillo* llega a alcanzar tres ediciones en un mismo año. En los Siglos de

Oro se confirma esta especie de «república de las Letras», a la que pertenecen escritores de diversa procedencia social por el mero hecho de su vocación literaria: Garcilaso, noble y militar; Santa Teresa, de familia de conversos; Fray Luis, clérigo y profesor de universidad; Cervantes y Mateo Alemán, hidalgos modestos con dificultades económicas; Góngora y Quevedo.

EL TEATRO: NUEVO RUMBO EN LA COMUNICACION

En la segunda mitad del siglo XVI y primera del XVII surge un fenómeno muy particular, el teatro, que va a dar un nuevo rumbo a la comunicación literaria con el gran público, algo que no habían permitido los demás géneros literarios, como la poesía, reducida a una élite muy cerrada de gente cultivada. Toda una actividad teatral, monopolizada casi totalmente por la figura de Lope de Vega, surge en España con varias funciones: el teatro es para los comediógrafos un «modus vivendi», algo semejante a lo que ocurre hoy con el cine; se trata sobre todo de conseguir un éxito de taquilla, más que de lograr una verdadera creación artística. El teatro cumple, por otra parte, una función de integración de los valores e ideales nacionales.

La heterogeneidad social del escritor se acentúa en el siglo XVIII con figuras como Torres de Villarroel, autor pintoresco de múltiples y variados oficios, García de la Huerta, empleado de la Biblioteca Real, Ramón de la Cruz, Meléndez Valdés, Cadalso... Sin embargo, puede afirmarse que en el siglo XVIII el escritor tiene en España una influencia social mucho menor que en los siglos anteriores.

Varias son, pues, las funciones que ha cumplido el escritor, la literatura, a lo largo de los siglos: adoctrinamiento y edificación, transmisión de las enseñanzas de la Iglesia para orientar la conducta del hombre; crónica y erudición, registro y depósito del saber tradicional y contemporáneo; diversión festiva para pueblo y corte;

formación de una conciencia comunitaria nacional por la vía de la historia —Zurita, P. Mariana— y del teatro; y la formación del gusto literario, en justas poéticas en las que los poetas polemizan por motivos estéticos y se marcan modas. A medida que avanza la Edad Moderna el abanico de funciones se va abriendo progresivamente, hasta alcanzar su punto culminante en el siglo XIX.

Martín Lutero lleva a cabo una revolución cultural de gran trascendencia. Con su reforma, persigue reducir la mediación de la Iglesia en la interpretación de los textos sagrados. Pone la Biblia, la verdad revelada y «oficial», a disposición del pueblo, de cada individuo, en la lengua que todos conocen. Es la apelación al juicio individual y la supresión del orden jerárquico del pensamiento tomista. La misma afirmación del individualismo llevará a cabo Descartes con su revolución filosófica, al invertir con su *Discurso del método* todo el proceso del conocimiento.

CERVANTES, CREADOR DE LA NOVELA MODERNA

Paralela a estas dos revoluciones, religiosa y filosófica, es la que realiza Cervantes en el campo de las letras. Cervantes es el creador de la novela moderna. Si bien el género narrativo existe desde antiguo y en todas las civilizaciones (en forma de cuentos, leyendas, mitos), las «novelle» italianas medievales, antecedente inmediato de la novela cervantina, poseen una visión del mundo acorde con la sostenida por la autoridad eclesiástica. Género burgués ya entonces, la novela se destinaba a la admonición, consejo y escarmiento, a presentar una conducta humana desviada con el castigo correspondiente, ya en la dirección trágica (castigo atroz y cruento para personajes de clase alta) o en la popular (burla o palos para personajes de baja categoría social). En España, antes de Cervantes, empieza a abrirse un camino en una nueva dirección, con el *Lazarillo*. En esta novela se toma en serio, por primera vez en la historia de la literatura universal, a un personaje de in-

fina categoría social. A pesar del indudable tono paródico, el personaje sufre un desarrollo de su personalidad a lo largo del libro que le hace ambiguo. No es un personaje plano; se ha discutido, se discute y se seguirá discutiendo. Esta dimensión de ambigüedad (mezcla de ingenuidad con astucia y desengaño adultos que le hacen reflexionar sobre su propia vida) constituye una dimensión totalmente moderna.

Cervantes con sus *Novelas Ejemplares* representa la culminación de lo que era un esbozo en el *Lazarillo*. Estas novelas cervantinas son «ejemplares», pero de un modo distinto al tradicional, contrapuesto incluso. El lector de estas novelas no establece una correlación inmediata y mecánica entre conducta y norma. Se queda perplejo y duda y discute hasta el infinito la conducta de esos personajes, que no son planos, sino de bulto, imitación perfecta del ser humano viviente, en la vida real. Además, la norma adecuada a la conducta no le es dada al lector en la novela; es él quien debe encontrarla. Este modo de novelar abrirá el camino a toda la novela moderna durante tres siglos.

El Quijote nos da el último perfeccionamiento de esta revolución literaria cervantina. Todas las novedades y filigranas que se hacen en la novela de hoy están contenidas en la obra maestra de Cervantes. Citemos, por ejemplo, la introducción en la obra del propio autor, de amigos suyos, de personajes históricos o de otras novelas. *El Quijote* es, además, el principio y final de algo, de una época. Cervantes lo escribe y publica con un sutil espíritu erasmista, en un momento en el que la Contrarreforma se cerraba en España cada vez más. De ahí que la obra de Cervantes no tenga continuación. El *Guzmán de Alfarache*, por ejemplo, es una novela totalmente tradicional, un «sermón en prosa», como se la ha calificado, cuyo fin es el adoctrinamiento ilustrado por episodios picarescos, pero relatados desde el arrepentimiento y el escarmiento. También obra típica de la Contrarreforma es *El Buscón*, cuyo protagonista es un personaje plano.

En *El Quijote* está expresada la si-

tuación espiritual de esa España contrarreformista que iba a ahogar las posibilidades de desarrollo del espíritu cervantino. Un loco que quiere vivir según normas medievales choca con la realidad social burguesa de su época. El desencuentro de dos ideales de vida contrapuestos marcan el significado esencial de *El Quijote*, obra que se hace símbolo de esa España de la Contrarreforma empeñada en reconstruir la Edad Media, que condujo al país a tantas desventuras.

A partir de la Revolución Francesa, la burguesía pasa de ser un estamento a convertirse en clase social.

La clase burguesa, cuya afirmación y crecimiento son paralelos a los del capitalismo, posee una visión del mundo materialista y racional; su breviario va a ser durante el siglo XIX el *Curso de Filosofía Positiva* de Augusto Comte y el positivismo será la base del realismo y naturalismo novelescos en ese siglo. El desarrollo novelístico en Francia, aún más que en Inglaterra, es el prototipo del desarrollo burgués.

En España, en el siglo XIX, sobre todo a partir de la Revolución de 1868, se da una apertura y se desarrolla la novela moderna, cuyo mejor exponente es Galdós. Partiendo de Balzac, al que conoce en París y que despierta en él la vocación hacia la novela, Galdós es, además, ejemplo del escritor que vive sólo de escribir novelas. El papel del novelista en el contexto de la sociedad burguesa del siglo XIX es semejante al de cualquier otro profesional libre. En su actuación social depende de un público, de una clientela que consume sus novelas y que le pide, además, una orientación o juicio de valor sobre posiciones en conflicto. Tiene así el novelista entonces un papel de director espiritual, de «cura de almas» que será precisamente lo que determinará pronto el desprestigio inicial de la novela.

Existe, pues, en el siglo XIX toda una pléyade de novelistas con sus tensiones y polémicas, que se reúnen en tertulias literarias y actúan ante un público burgués con plena conciencia profesional. De ellos Galdós, tanto por el número de obras como por el de lectores, puede medirse con los grandes novelistas de otros países, como Dickens o Dostoievski.

DISOLUCION DEL GENERO EN LA SOCIEDAD DE MASAS

El cambio que en el siglo XX se produce en la estructura de la sociedad va a determinar la disolución del género novelesco: la revolución tecnológica que supone la industrialización, el desarrollo creciente del capitalismo y el progresivo aumento del nivel de vida de la clase obrera, conducen a la desintegración de la sociedad de clases que se transforma en una sociedad de masas.

En el contexto de la novela, que ha ido ligada, como hemos visto, a la burguesía, se produce necesariamente una crisis y disolución del género. La situación de apogeo que ocupaba la novela con el realismo de Galdós cesa al llegar la Generación del 98. Este grupo, que ha sido calificado acertadamente como neorromántico, rechaza al burgués y a sus ideales realistas y materialistas, pero sus motivos e impulsos son, sin embargo, muy distintos de los que movían a los románticos de la primera mitad del siglo XIX. Los neorrománticos del 98 crean un mundo aristocrático y esteticizante, y establecen un modo de novelar con pleno rechazo del positivismo.

El novecentismo, cuyo máximo exponente es Gómez de la Serna, trae una óptica de la realidad absolutamente nueva, precedente inmediato del vanguardismo literario. Comienza entonces la profunda crisis de la novela. Esta, exquisita, se separa del público; el interés ya no se centra en el argumento, en lo que pasa y que apasionaba tanto al lector burgués del siglo pasado.

Pero, ¿podemos predecir la muerte de la novela? Hay géneros que se han agotado, como ocurrió con el poema épico y heroico en los siglos XVI y XVII; otros se han transformado. La revolución tecnológica que ha creado los medios audiovisuales de comunicación de masas, también ha hecho posible el acceso de grandes masas de público a esos bienes culturales. Hoy la era del libro está terminando para el gran público, que recibe, en su mayoría, la información a través de los *mass media*. Aún prescindiendo

de lo que pueda haber de exageración en las teorías de Mac Luhan, tenemos que reconocer la preeminencia de los medios audiovisuales (cine, radio, televisión), sobre el libro, pero ello no implica la desaparición en un futuro de la literatura escrita. Esos medios no permiten la complejidad de expresión y de contenido del libro, de la obra hecha con calma, meditada, corregida, sin precipitación. La transmisión audiovisual, con sus riesgos de fluctuación y de resistencia a la atención del oyente, hace al espectador mucho más pasivo. El libro permite meditar y volver sobre lo leído y adaptar el mensaje al ritmo de recepción de cada uno.

Si desapareciera la escritura para ser sustituida por la improvisación, el resultado sería sin duda la superficialización general de la operación cultural. Además, creo que es prácticamente imposible esta muerte que muchos auguran al libro; los medios audiovisuales, a fin de cuentas, se nutren de los escritores, que son quienes crean e innovan, sin menospreciar por ello muchos logros del arte de la imagen, verdaderas obras de arte en su género. El cine y la televisión adaptan novelas y obras que han sido previamente impresas y divulgadas en forma de libro, y en general, lo hacen trivializándolas y falseando su verdadero contenido. El problema que se plantea hoy al escritor es tener que reducirse a escribir en su medio tradicional para una minoría de lectores y esperar que los medios audiovisuales recojan su obra; o bien, trabajar directamente para esos medios, adaptando su talento creador a los mismos. La solución en este segundo caso estaría, quizá, en garantizar al autor de una obra que va a ser llevada a los medios audiovisuales, la supervisión e incluso dirección de la misma, para evitar cualquier falseamiento o deformación empobrecedores. No es posible pronosticar acerca de las perspectivas que esperan al género novelesco; es posible que subsista con algunas transformaciones, todo ello dependerá en gran parte de lo que las innovaciones tecnológicas nos impongan y de lo que los escritores y lectores queramos hacer para llevar adelante el proceso de producción y difusión de obras literarias.